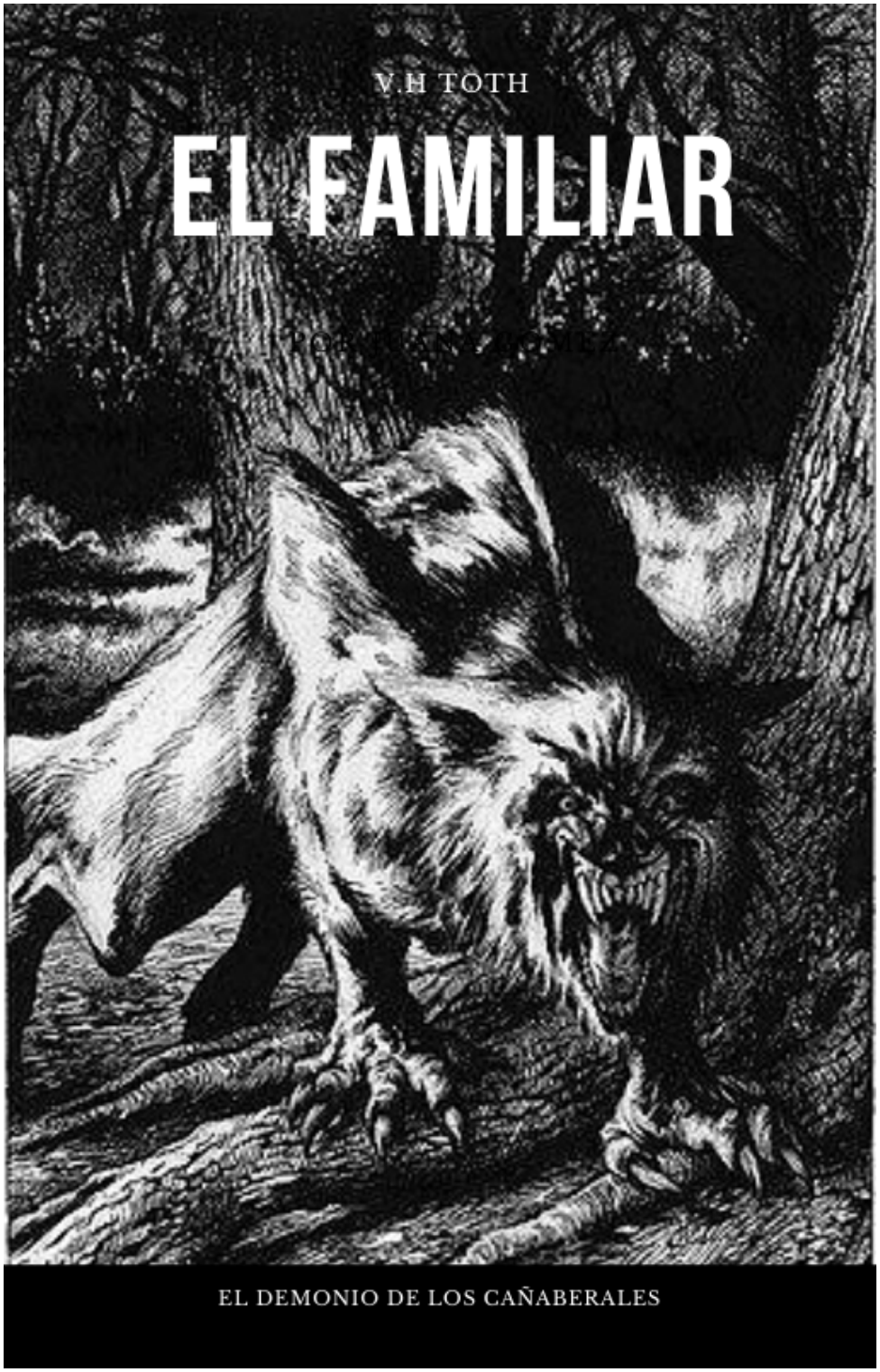
El Familiar - El demonio de los cañaverales

victor hugo toth



Capítulo 1

Diciembre de 1977

El calor era abrasador aquella mañana del lejano verano de 1977. El sol brillaba con insoportable intensidad en aquel despejado cielo en las afueras de la pequeña localidad de Banda del Río Salí, en la provincia de Tucumán. Pedro Suarez caminaba por un precario camino rural. Las grandes polvaredas levantadas por los camiones que pasaban a gran velocidad, y a los cuales, sin éxito, hacía señas pidiendo un aventón, llenaban de tierra el pantalón de trabajo gris, la camisa marrón y el gran sombrero de paja con los que iba vestido. Había caminado más de veinte kilómetros desde su humilde morada, cuando por fin, un poco más adelante, tenía a la vista su destino, el gran Ingenio Azucarero de la región, propiedad de Baltazar Urquiza, el hombre más rico del poblado y quizás de la provincia entera.

Pedro tenía 18 años recién cumplidos, y como muchos habitantes de los lugares cercanos, llegaba para trabajar en la cosecha de la caña de azúcar. El pago era poco, el trabajo duro, no había duda de la explotación y el maltrato que sufrían los peones, pero para muchos era la única alternativa para llevar el pan a la mesa de sus hambrientas familias.

Los pies de Pedro estaban cansados, grandes ampollas se habían formado producto del intenso calor y de la incomodidad de sus calzados baratos, sin embargo, él continuaba caminando a paso firme, con casi inhumana obstinación. Había salido con las primeras luces del amanecer desde su precaria casa de madera, en las afueras del pueblo. Luego de más de cuatro horas continuas de caminata, sentía como su cuerpo se debilitaba. El calor inclemente, lo hacía transpirar. Ya hacía dos horas que se había terminado el agua que había llevado para beber. Sus labios estaban resecos. Su rostro, curtido por el calor, tenía una coloración casi rojiza. No veía la hora de llegar. En su mente, todo tipo de pensamientos se arremolinaban, pensamientos que lo hacían seguir a pesar de todo.

Su objetivo no era el mismo que el de los demás, que llegaban esperanzados en conseguir un precario trabajo con el cual subsistir. Él, en cambio, se dirigía hacia aquel Ingenio por una razón muy distinta.

Al igual que él, un año antes, su hermano Claudio, luego de la muerte de su padre, se había dirigido a las puertas del Ingenio pidiendo trabajo. Los meses pasaron. El escaso dinero que le pagaban, llegaba en un sobre a las puertas del hogar, donde su madre enferma lo recibía. Repentinamente, un frío julio, quizás el más frío que se haya sentido en aquellas tierras, los sobres dejaron de llegar. Inútilmente, su madre preguntaba a los enviados que repartían los sobres con dinero a las familias si sabían algo de su hijo. Solamente recibía como respuesta un

frío gesto de desconocimiento. Nada se volvió a saber de él.

Los días fueron pasando, y luego los meses, hasta que un día, cuando los primeros calores de primavera se comenzaron a sentir, un hombre elegantemente vestido se presentó a las puertas de su hogar.

Cuando la mujer, de 60 años recién cumplidos, y con una incipiente artrosis que le causaba un constante dolor en las rodillas que apenas la dejaba caminar, abrió la puerta aquella mañana, se encontró con la fría mirada de aquel hombre.

El hombre miró hacia el interior del hogar y lanzó una mirada de rechazo al ver las pobres condiciones en la que vivía la mujer.

– ¿Esta es la casa de la familia Suarez? –preguntó el hombre sin poder disimular el gesto de asco que le generaba aquel humilde hogar.

–Así es. –Respondió la señora Suarez. – ¿En qué puedo ayudarle?

–Vengo de parte del señor Baltazar Urquiza, el dueño del Ingenio Azucarero. Supongo que no es necesario decirle quien es el señor Urquiza.

–Sería difícil encontrar una persona en todo el pueblo que no sepa quién es el señor Urquiza. Pero por favor dígame qué le trae por aquí. ¿Acaso se trata de mi hijo?

–Verá señora… no hay forma sencilla de decirle esto… así que seré breve. Su hijo ha tenido un accidente y lamentablemente ha fallecido.

La mujer enmudeció. Sintió como el aire le faltaba. Su garganta se cerraba estrangulada por un nudo repentino. –No puede ser… –Balbuceó la mujer entre llantos. – ¿Cuándo sucedió? Necesito verlo…quiero verlo por favor.

–Me temo que no será posible. El accidente ocurrió hace algunos meses.

–Pero… ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que recién ahora me lo digan? –Preguntó la señora con su rostro envejecido cubierto de lágrimas.

–No debería decirle esto… Sin embargo considero que usted merece saber la verdad. Su hijo sufrió un accidente en el trapiche industrial. Aquella vieja máquina que se usa para triturar la caña de azúcar se ha cobrado muchas vidas a lo largo de los años. Es un trabajo realmente peligroso. Me temo que su hijo, de alguna forma que aún no logramos comprender, ha caído dentro. Su cuerpo no se ha podido reconocer. Nadie lo escuchó siquiera gritar. Lo único que encontraron los primeros trabajadores que

llegaron fueron restos irreconocibles.

– ¡Oh por Dios! ¡Mi niño! ¡Mi hijo! –Comenzó a gritar la mujer mientras sentía que sus piernas perdían la fuerza y se volvían incapaces de sostenerla.

–Nos tardamos todo este tiempo en descubrir quién era el que se accidentó en la vieja máquina porque nadie supo quién fue el último en dirigirse a ese alejado rincón del galpón donde funciona la máquina. Además, los obreros van y vienen del ingenio todos los días. Muchos abandonan el trabajo sin razón y jamás regresan. Realmente fue muy difícil descubrir que era su hijo el desafortunado. Solamente cuando un obrero encontró esta foto ensangrentada fue que pudimos darnos cuenta de quién era. –El hombre saca de su bolsillo una foto amarillenta, cubierta de manchas de sangre reseca. Puso la fotografía en la mano de la mujer junto con un sobre que contenía más dinero de lo que aquella humilde familia jamás hubiera visto. –Lo siento mucho. –Dijo el hombre y luego se alejó tan repentinamente como había llegado.

La señora Suarez tomó la foto. Sus manos temblaban incontrolablemente. Una lágrima cayó pesadamente sobre el amarillento papel. Allí se veía la familia completa. Allí estaba ella junto a su difunto esposo y sus dos hijos. Se los veía sonrientes en una lejana tarde de verano, parados junto a su precaria casa.

Cuando Pedro llegó a su hogar aquel día, vio al hombre alejarse. Nunca olvidará la expresión en su rostro. Se podía ver una gran sonrisa de alivio. Alivio de alejarse de aquel lugar repleto de miseria. Luego vio a su madre, de rodillas, llorando desconsoladamente. Corrió hacia ella y la abrazó mientras ella solo lloraba y gritaba desgarradoramente.

El dolor más grande lo causó el que no hubiera un cuerpo para velar. No podrían despedirse de su ser amado. Solamente debían conformarse con aquella vaga explicación. Tampoco había nada que reclamar. Aquella era una época oscura del país, la gente desaparecía todos los días víctimas de las balas y torturas del ejército, y todos sabían que los Urquiza tenían estrechos vínculos con la Dictadura. Reclamar o denunciar, no eran opciones, simplemente había que aceptar la realidad, Claudio había muerto.

Pero para Pedro, eso no bastaba. Endemoniadamente decidido cómo eran los Suarez, él no descansaría hasta averiguar la verdad. Aquel día preparó un pequeño bolso y partió, tal como lo hizo su hermano un año atrás hacia aquel Ingenio en el cual era habitual que las personas desaparecieran sin mayor explicación.

Su objetivo era claro, quería averiguar qué sucedió con su hermano, incluso pretendía hallar su cuerpo, tener un lugar donde pudiera llevarle

flores, pero, sobre todo, quería hacer pagar a los responsables de su muerte, incluso si tuviera que reducir todo ese maldito lugar a cenizas.

Mientras aquellos pensamientos se iban alejando poco a poco de su mente, reemplazados por una implacable necesidad de beber agua y refugiarse de aquel calor infernal, Pedro observó a lo lejos, sobre una colina, la entrada del Ingenio Azucarero.

Aun estando bastante lejos, se podía observar el enorme tamaño del lugar. Los alambrados que marcaban el inicio del terreno, se perdían en el horizonte, de lado a lado. Parecían interminables, llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

Al acercarse hacia los portones de la entrada principal pudo ver las inmensas dimensiones de los cañaverales que se extendían hasta las lejanas colinas en el horizonte. Se podía escuchar los gritos de los capataces apurando a los peones para que cargaran más rápido los grandes camiones. Pedro caminó hacia una pequeña casilla junto al portón donde había dos hombres charlando amenamente.

Los hombres se sorprendieron al ver a ese joven delgado, de piel trigueña, con su rostro ennegrecido por el ardiente sol.

– ¿Qué buscas muchacho? –Le preguntó el más viejo de los hombres. – ¿Acaso estás perdido?

–Vengo a buscar trabajo en la cosecha. Me dijeron que están tomando peones. –Le contestó Pedro con su acento bien marcado.

–Oye. ¿Cuántos años tienes? Aquí se necesitan hombres fuertes. El trabajo es duro. No es lugar para un niño.

–Tengo dieciocho, señor. No me juzgue por mi apariencia. He trabajado toda mi vida para ayudar a mi familia. Soy muy capaz de trabajar aquí.

El hombre dudó por unos momentos tocándose el mentón cubierto por una gruesa barba negra.

–Está bien muchacho. Él te llevará con el capataz. Será mejor que no nos hagas perder el tiempo.

El otro hombre, un poco más joven, lo guió hacia el interior del Ingenio. Al ir caminando pasaron junto a una enorme mansión de dos plantas. Sus grandes ventanales decorados con lujosas cortinas rojas y los escalones que iban hacia la puerta principal, hechos en un bello mármol denotaban la enorme fortuna del dueño.

No pudo evitar ver estacionado justo frente a la entrada, un reluciente Ford Falcón verde del ejército. La gran puerta principal se abrió y del interior salieron dos hombres. Uno de ellos, con una prominente barriga que sobresalía de su cuerpo y que una ajustada camisa a cuadros, metida dentro de unos pantalones grises, intentaba contener. Un gran bigote prolijamente cortado de color gris al igual que sus cabellos, adornaba su rostro colorado por el calor.

Pedro no tardó en darse cuenta que ese hombre era Urquiza, el dueño del lugar. El otro hombre, por su parte, no quedaban dudas de que se trataba de un militar, vestido con un uniforme color verde oliva prolijamente planchado. Sobre su hombre brillaban unas insignias con forma de soles. Pedro no sabía mucho de jerarquía militar, pero debía tratarse de alguien importante.

– No mires al patrón. ¿Quieres meterte en problemas cuando apenas acabas de llegar? –Le interrumpió su guía.

–Lo siento señor.

Para Pedro todo tomaba sentido, quizá su hermano había sido entregado a los militares por alguna razón. Tenía que averiguar por qué y también debía averiguar qué fue de él. Quizá no estaba muerto y todavía podía estar preso en alguna cárcel militar. Eso era algo común. Un secreto a voces. La gente era capturada, encerrada, torturada e interrogada, acusada de vínculos con grupos guerrilleros. Quizá eso le había sucedido a su hermano. Tenía que hallar a alguien que supiera lo que pasó.

Caminaron largo rato. El Ingenio era enorme, con decenas de casas elegantes donde vivían los capataces, y grandes edificios donde se elaboraba el azúcar, ese dulce producto que había hecho rico a su dueño. Finalmente llegan a un precario galpón, con una gran puerta destartalada que produjo un irritante chirrido al abrirse. En el interior había cincuenta camas cuchetas, con colchones amarillentos sin sábanas que los cubrieran, estaban destinadas a albergar a cien trabajadores. El techo de chapa, sin cielorraso, hervía bajo el intenso calor, volviendo el ambiente en el interior extremadamente sofocante.

–Deja tu bolso en aquella cama y vamos. Tienes que empezar a trabajar.

Pedro fue hasta la cama señalada ubicada junto a la pared de madera en mal estado. Al colocar su bolso se percató que había algunas prendas de vestir. –Disculpe señor. Esta cama está ocupada por alguien más.

–No te preocupes. Su dueño no las necesitará más. El pobre infeliz no soportó el calor y murió ayer. Pero es algo que debes agradecer, tienes tu

lugar. –Le contestó el hombre esbozando una siniestra sonrisa.

Luego de dejar sus cosas, Pedro fue llevado hasta el sector de la plantación donde se encontraban realizando la cosecha.

–Ve y preséntate con el señor Ortega. Vamos apúrate que no es un hombre con mucha paciencia. –Le dijo el hombre señalando al que parecía ser el capataz principal del ingenio, luego de ello, se retiró.

Pedro se acercó hacia aquel hombre de apariencia ruda, quien se encontraba parado, con los brazos cruzados, sobre la cajuela de una camioneta, observando detenidamente el trabajo de los peones. Estaba vestido con una camisa negra y jeans, con unas gruesas botas de trabajo. Su rostro de hombre mayor, cubierto por arrugadas y grandes y marcadas bolsas debajo de sus ojos, denotaba el cansancio producto de toda una vida de trabajo. Llamaba la atención el enorme rosario con una gran cruz plateada que colgaba en su cuello y el enorme puñal en su cintura, que también parecía tener forma de cruz.

– ¿Eres nuevo aquí? ¡Ponte a trabajar! –Le gritó de repente sin darle tiempo a presentarse.

Pedro agachó la cabeza y obedeció, como si de un soldado se tratara. Trabajó durante horas bajo los cada vez más ardientes rayos de sol. Su mano se llenó de dolorosas ampollas al cortar las gruesas cañas con el machete. Mientras él se encargaba de cortar los tallos, otros se encargaban de llevarlos hasta los camiones y cargarlos. Era un trabajo extenuante.

Solamente pararon durante media hora para comer el almuerzo, un plato de guisado, con mucho arroz y casi nada de carne. Su sabor era realmente horrible, como si el cocinero realmente odiara a sus comensales, y el pan no era mucho mejor, duro como piedra y una, en apariencia poco saludable, tonalidad verdosa en algunos sectores.

Para Pedro, acostumbrado a la deliciosa comida que su madre con cariño preparaba, tragar era difícil, todo un desafío. Pero para el resto de los cientos de peones que llevaban más tiempo trabajando en aquellas horribles condiciones, era todo un manjar que devoraban en unos instantes.

El trabajo continuó por el resto de la tarde. Esta vez a Pedro le tocaba cargar los pesados cáñamos hasta el camión. Luego de unas interminables horas, sentía que su espalda estaba a punto de romperse. Sus brazos estaban completamente arañados y sangrantes por las ramas. Sentía que estaba a punto de desmayarse cuando finalmente el señor Ortega ordenó detenerse. –Es hora de ir a descansar. Dejen las herramientas en los camiones. ¡Vamos apúrense! –Gritó nada cortésmente. El sol comenzaba

a ocultarse en el horizonte resplandeciendo sobre la plantación y tiñendo el cielo de una tonalidad naranja. El paisaje era hermoso y contrastaba con la horrible realidad de los peones que caminaban con la mirada baja hacia las barracas para su ansiado descanso.

La noche finalmente cayó. Ya acomodados en sus camas, los peones comían los magros sándwiches de mortadela que habían repartido como cena. El silencio era absoluto. Todos estaban demasiado cansados e incluso demasiado tristes para conversar. No tenían grilletes y habían llegado por su propia voluntad, pero la triste realidad era que prácticamente eran esclavos. Trabajaban jornadas extenuantes, pero estaban obligados a hacerlo para sus familias. El ingenio era la única fuente de trabajo en cientos de kilómetros, y mientras sus familias tuvieran un plato de comida sobre la mesa, ellos soportarían todo.

Eran las diez de la noche cuando el señor Ortega apagó las luces de las barracas. Inmediatamente todos se durmieron, completamente abatidos por el cansancio. Pedro intentó dormir, pero no pudo. Su mente se encontraba agolpada de pensamientos y dudas. Pensaba si su madre se encontraría bien estando sola, después de todo ya era muy mayor. Por un momento se sintió muy culpable de dejarla sola. Sin darse cuenta del tiempo, las horas pasaron, hasta que el viejo reloj de pared colocado sobre el marco de la puerta del viejo galpón dio las doce de la noche.

La noche estaba calma, de vez en cuando una leve briza golpeaba contra las ventanas sacudiéndola. En ese momento Pedro se dio cuenta de algo. A pesar del calor intenso que hacía aún por las noches, las ventanas permanecían cerradas y trabadas con un gran trozo de madera para que no pudieran abrirse. Pensó que quizás era para que nadie se escapase, pero no tenía ningún sentido, ya que podían quitarse desde adentro. Definitivamente, nadie más que los peones decidían dejar trabadas las ventanas. Una idea lo hizo estremecer, quizás las trabas estaban colocadas para evitar que nadie entrara. Los peones debían saber sobre las desapariciones y querían evitar ser los próximos. Alguien debía saber algo. Con suerte podría descubrir lo que le pasó a su hermano.

Pensó durante un rato más intentando descifrar los misterios del lugar cuando el cansancio finalmente lo estaba por vencer. Giró sobre su costado y acomodándose en su fina almohada rellena de plumas de gallina, se preparó para dormir. Pero un sonido lo despabiló en un instante. Un sonido extraño, como si un animal enorme caminara alrededor del galpón. Pedro permaneció atento intentando escuchar. Cerca de la puerta un haz de luz entraba por una fisura en la pared de madera podrida. Observó detenidamente aquella luz y se horrorizó cuando aquella fue interrumpida por unos segundos por la sombra producida por el paso de algo. El joven miró detenidamente detrás de su cama y descubrió otro hueco en la pared. Acercó su vista y observó con detenimiento, escudriñando el exterior intentando ver aquella cosa que deambulaba en

esa calurosa medianoche. Por más que se esforzó no pudo ver nada. Cuando estaba por rendirse y volver a intentar dormirse vio a lo lejos, cerca del inmenso cañaveral que se sacudía de un lado para otro empujado por la briza dando aterradores crujidos, una gran sombra. No pudo ver con precisión de que se trataba. Algo enorme se encontraba allí, oculto por la oscuridad. Pedro se acomodó mejor para intentar ver cuando una mano le sujetó fuertemente por el hombro haciéndolo sobresaltar.

–¿Qué crees que estás haciendo? –Le pregunta el joven dueño de la parte inferior de la cucheta junto a la suya.

–Hay algo allí afuera.

–Vuelve a dormirte. Mañana tendremos mucho trabajo. Deja de hacer ruido y duerme.

Pedro volvió a mirar por el pequeño orificio, pero aquella misteriosa sombra ya no estaba.

–Algo enorme estaba allí afuera. ¿Tú sabes algo sobre eso?

–Haz silencio y vuelve a dormirte te he dicho. Aquí no se hacen preguntas. Ya deberías ir sabiéndolo.

–Pero esa cosa estaba caminando junto a las barracas.

–Oye niño, por si no te has dado cuenta estamos en el infierno y esa cosa es el diablo. –Le respondió el muchacho y se volteó nuevamente intentando dormir.

Pedro permaneció mirando hacia la puerta y las ventanas. Ahora entendía porque estaban esas enormes maderas trabándolas. Algo maligno y misterioso estaba ocurriendo en aquel lugar.

Capítulo 2

Eran las cinco de la mañana cuando el sol comenzó a salir implacable desde el este. Los estridentes cantos de los gallos retumbaban por todo el lugar. Cuando Pedro se despertó los demás ya se habían levantado. Sobresaltado, se levantó lo más rápido que pudo y en unos instantes ya estaba preparado y salía junto al resto. Aunque todavía no había amanecido del todo, el calor ya comenzaba a sentirse. Las gotas de salado sudor se deslizaban por su rostro mientras tomaba la taza de té extremadamente caliente que habían servido como desayuno junto a tres piezas de pan de tamaño considerable. El silencio entre los trabajadores se mantenía, realmente, más que trabajadores de una plantación, parecían presos condenados a muerte.

El trabajo aquel día fue arduo, las gruesas cañas de azúcar de más de dos metros de altura eran condenadamente duras de cortar y pesadas de cargar. Las enormes ampollas de las manos de Pedro reventaban bañando su piel con un líquido amarillento. El dolor era intenso, pero no debía detenerse, todo aquel que se detuviera, aunque solo sea por unos segundos era inmediatamente víctima de los agravios por parte del Sr. Ortega. Todos le tenían un gran respeto. Nada sucedía en aquellos campos sin que él lo supiera. Pedro pensó que si alguien sabía la verdad sobre lo que le pasó a su hermano era él.

Cuando llegó el momento del descanso, los peones se sentaron en el suelo bajo las sombras de unos grandes árboles. Pedro buscó incansable con la mirada hasta que vio entre las decenas de hombres a aquel joven que dormía en la cama contigua. Se acercó y se sentó junto a él.

–Hola. Soy Pedro Suarez. ¿Cómo te llamas? –preguntó, obteniendo como respuesta una mirada de desprecio y luego el silencio.

–Lamento haberte despertado anoche. Creo que vi algo rondando las barracas. Quizá era solo un caballo o algún animal que anduviera suelto. Siento haber interrumpido tu descanso por esa idiotez. –Prosiguió a pesar del silencio del joven, quien hizo una mueca de fastidio. –Escucha, lamento esto. Solo quiero saber qué le pasó a mi hermano. Vino aquí el año pasado y no volvimos a saber nada de él… Iré con mis asuntos a otra parte.

Cuando estuvo a punto de levantarse el joven le respondió. –No durarás mucho tiempo si continúas haciendo preguntas. Te doy un consejo, márchate. Olvídate de tu hermano o tú lo seguirás.

–¿A qué te refieres?

– Mira, llevo cinco años trabajando aquí. He visto muchas cosas y sé que andar hablando de más es peligroso.

–No voy a olvidarme de mi hermano. Quiero saber que le ocurrió. No me iré hasta que lo averigüe.

–En ese caso, solo mantén tu boca cerrada y bajo ningún término hagas enojar al señor Ortega y mucho menos al señor Urquiza. Los que lo hacen enojar no vuelven a ser vistos.

–Baja la voz Mario. –Lo interrumpe otro joven, trigueño sentado a unos metros. –Que no los oigan hablar de las desapariciones aquí.

–¿Tú sabes algo? –preguntó Pedro al muchacho que se acercaba a ellos.

–No sé más que el resto. Suceden en las épocas de cosecha. Normalmente desaparecen uno o dos peones por mes de trabajo. Siempre pasa lo mismo. El señor Ortega designa a alguien para un trabajo nocturno. Esa noche lo pasa a buscar por las barracas y al otro día ya nadie lo vuelve a ver. –Comentó el muchacho en voz baja, casi como un susurro intentando no ser oído por nadie.

–¿Quieres decir que el señor Ortega es quien los hace desaparecer?

–Si alguien sabe que fue de los pobres infelices es él. Al otro día llegan noticias de que el peón cayó dentro de la caldera o dentro del trapiche como si todos fueran tan imbéciles de tener el mismo accidente cada vez. Pero no hay cuerpos, no hay sangre, no hay nada. Es como si dejaran de existir.

–Ayer cuando llegué, vi al dueño, el señor Urquiza hablando con un militar. ¿Crees que los soldados se llevan a los peones? Se dice que torturan y matan muchas personas por relacionarlas con los guerrilleros.

–Es posible. Muchos de aquí creen que para obtener la protección del ejército Urquiza entrega peones acusándolos de complotar con la guerrilla. Pero para mí es algo más.

–Ya vas a salir con esa idiotez supersticiosa de nuevo Juan. –Lo interrumpió Mario, quien escuchaba atentamente.

–Que superstición? Por favor dime. –preguntó Pedro intrigado.

–Por aquí se comenta que el patrón hizo un pacto con el Familiar.

–El familiar?

Mario rió burlonamente. –Solo tú puedes creer esas cosas Juan. Estás muy loco.

–Por favor dime más Juan por favor. –Le pidió Pedro a pesar de las burlas de Mario.

–Mi padre me contó una vez, que hace casi 25 años el padre del señor Urquiza heredó esta tierra. Se decía que los campos estaban malditos porque nada crecía en él. Las deudas llegaron. Intentaron vender los campos, pero nadie quería comprarlos porque eran la ruina asegurada. La situación se complicó hasta que finalmente Urquiza padre apareció ahorcado allí en las mismas barracas donde dormimos cada noche.

–De acuerdo. ¿Pero cuál es el asunto con el familiar?

–Bueno pues, cuando murió su padre le correspondió a su hijo Baltazar hacerse cargo. Junto a él vino el señor Ortega. A pesar de que todos le insistían en que nada crecería allí y que desperdiciaría su dinero, contrató una buena cantidad de peones para sembrar. La sorpresa fue enorme cuando los pobladores vieron como los sembradíos crecieron rápidamente. No había ninguna explicación. Ese mismo año, contrató más personal. Luego de cinco años ya tenía a toda la ciudad dependiendo de él. Se había vuelto inmensamente rico. Pero todo tiene un costo. Al principio comenzó con un desaparecido al año, pero luego fue aumentando el número. Se decían que eran accidentes. Pero nadie los presenciaba, nadie veía el cuerpo. En los años en que mayor era el número de desapariciones, mejor era la cosecha. Entonces todos comprendieron…

–Qué cosa comprendieron? –preguntó Pedro ante la pausa hecha por Juan.

–Que el señor Ortega hizo un pacto con el Familiar.

–¿De verdad crees eso?

–Claro que lo hago. El familiar es un demonio poderoso. Capaz de otorgar las mayores riquezas, hacer que tus cultivos crezcan, darte todo lo que tu ambición quiera, pero el familiar pide algo a cambio. El patrón debe darle las almas de sus peones. Si por alguna razón él no cumpliera con su parte, perdería todo. Y no solo eso. El familiar se lo llevaría a él.

–Y dime. ¿Alguien lo ha visto? ¿Al familiar?

–Nadie está seguro. Muchos dicen haberlo visto. Pero el familiar adopta distintas formas. Hay algunos que dijeron haberlo visto como un enorme perro negro, con mirada penetrante y ojos rojos. Otra vez puede aparecer como una gran serpiente con pelos y hasta como una mujer sin cabeza. Puede adoptar cualquier forma, hasta de tus seres queridos

llamándote para que entres a los cultivos de noche y nunca más te vuelvan a ver.

–Pero cómo pueden saberlo. ¿Hay sobrevivientes?

–El familiar acecha en estos campos todas las noches. Hay días que solo asusta a los peones. Pero los días que tiene hambre el patrón debe entregarle un hombre y ahí nadie sobrevive. Se dice que solo un hombre ha enfrentado al familiar y ha sobrevivido.

–¿Quién?

–El señor Patricio Ortega, nuestro capataz. Se dice que antes de trabajar con Urquiza, trabajó en otra estancia donde lo ofrecieron a él como tributo al demonio. Pero Ortega no se dejó y peleó contra la criatura utilizando su puñal en forma de cruz y el rosario. Salió muy lastimado. Algunos dicen que la criatura le dejó una enorme cicatriz en la espalda, cuando le hizo una herida que casi lo mató. Desde ese día lleva consigo en todo momento aquel puñal y el rosario.

–¡Es hora de volver a trabajar! –Gritó a lo lejos el capataz.

Los jóvenes dejaron de hablar y en silencio volvieron a las plantaciones a continuar la ardua labor. Mientras caminaba Pedro iba pensando en lo que le dijeron. Pensaba que era más probable la teoría de los militares antes de creer que un demonio se había llevado a su hermano. Sea como fuere, de algo estaba seguro. El capataz debía saber la verdad y él la averiguaría.

Las horas pasaron al ritmo del sonido de los machetes impactando contra las cañas y el sonido de las hojas siendo arrastradas y tiradas sobre el camión, hasta que finalmente llegó el ansiado anochecer.

Mientras todos se dirigían hacia las barracas, Pedro fue caminando más despacio, hasta que fue el último de la columna que caminaba a paso cansino hacia las camas.

–¿Qué demonios haces? –le preguntó Mario, retrocediendo hasta donde estaba su vecino de cama al ver su extraña actitud.

–Voy a averiguar que está sucediendo.

–No. No puedes hacerlo. Vas a meterte en problemas.

–No te preocupes, nadie me verá.

Cuando ya estaban en la puerta de las barracas, Pedro corrió hacia el costado y se ocultó tras una pila de cajones de madera. Mario observó con

una mirada de desaprobación. Él fue el último en entrar en las barracas y tras de sí colocó las trabas de madera en la puerta. Pedro ya no podría entrar hasta el amanecer.

Esperó casi una hora oculto tras los cajones, esperando que las luces de las barracas y de las casas se apagaran. Solamente permanecían prendidas las luces de los caminos que conectaban las plantaciones con el edificio de procesamiento y las casas de los demás capataces y del patrón. Caminó lentamente por las partes oscuras, intentando no pasar junto a alguna luz que lo delatara. A lo lejos vio un hombre saliendo de la casa del patrón. Era el señor Ortega. Caminaba apurado. Pedro decidió seguirlo desde lejos. Caminó unos doscientos metros desde la casa principal hasta una pequeña vivienda de madera con un bonito y bien cuidado cerco de ligustros prolijamente cortado, un pequeño portón de madera daba acceso a un pequeño camino de piedras y un patio con el césped cortado al ras. El techo de chapas contrastaba con las paredes de machimbre barnizado y la puerta pintada de un marrón fuerte al igual que las dos ventanas delanteras, le daban a la casa un aspecto agradable y acogedor.

Pedro observó como el viejo capataz abría el pequeño portón y lo cerraba bruscamente. Luego entró al interior de su vivienda pegando un fuerte portazo que retumbó en el silencio de la noche. El joven se acercó agazapado y saltó ágilmente el cerco de plantas. Se deslizó debajo de la ventana abierta de la casa cuyas cortinas flameaban hacia el exterior mecidas por el viento. Pedro sacó un pequeño puñal que tenía escondido bajo sus ropas. No estaba muy seguro de lo que iba a hacer, pensó en meterse a la casa y hacerlo hablar por las malas, sin duda una decisión estúpida considerando su cuerpo delgado y la contextura robusta del capataz quien además era más experimentado y hasta se decía que había peleado contra un demonio. No tendría oportunidad alguna de doblegarlo, pero estaba decidido a intentarlo.

Tomó una profunda respiración, apretó su cuchillo y cuando estaba a punto de lanzarse hacia el interior escuchó al señor Urquiza llorar.

–¡¡No puedo seguir haciendo esto!! –gritó el capataz entre llantos, lanzando una botella de whisky hacia el suelo luego de darle un profundo trago. –¡Maldito seas Baltazar por obligarme a hacer esto! No puedo seguir eligiendo gente para mandarlas a su muerte. ¡Ya no puedo! ¿A quién demonios se supone que debo enviar mañana? ¿Otro padre de familia? ¿Otro hijo? Debo seguir matando personas para que tu vivas como un rey a costa del sufrimiento de los demás! Maldito seas Baltazar. ¡Maldito!!

Pedro se sorprendió al ver al hombre rudo y que imponía temor y respeto llorando tan sentidamente. Lentamente se retiró hacia atrás y partió rumbo a las barracas. Arriesgarse esa noche había valido la pena. Mañana

desaparecería otra persona y él iba a averiguar lo que estaba sucediendo.

Al llegar a las barracas, se percató que las puertas estaban cerradas y trabadas, por lo que no le quedó otra alternativa que volver a su escondite tras los cajones y acomodarse las horas que faltaban para el amanecer. Cuando se disponía a hacerlo escuchó crujidos en los cultivos que se mecían por el viento que comenzaba a soplar con intensidad. Se quedó inmóvil intentando ver algo, pero no pudo escuchar más que el silbido de las ráfagas. –No es nada. –Intentó tranquilizarse. Se acomodó lo mejor que pudo y sacó de su bolsillo una fotografía gastada y manchada donde se veía a su madre y a su hermano junto con él, posaban sonrientes. –Pronto sabré lo que te pasó hermano. Pronto lo sabré.

Capítulo 3

Faltaban dos minutos para las cinco cuando Mario se despertó. Intrigado miró hacia la cama contigua y vio que estaba vacía. –¿Qué demonios habrá sucedido contigo?

Se preparó y al cabo de unos cinco minutos, la traba de la puerta fue removida y los peones partieron rumbo al galpón cercano, que hacía las veces de comedor. Caminó junto al resto de los trabajadores mirando hacia todos lados intentando ver a Pedro. Grande fue su sorpresa al verlo emerger de detrás de unos cajones apilados e integrarse a los demás sin que nadie se diera cuenta.

–¿Dormiste bien allí afuera? –Le preguntó riendo.

–El suelo es mucho más suave que eso que llaman camas.

–Y dime averiguaste algo? –Dijo con el mismo tono burlón.

Pedro con el rostro muy serio le dice en voz baja lo que había descubierto. –No sé qué está pasando, pero esta noche ocurrirá de nuevo. Esta noche Ortega va a entregar a otro trabajador.

–¿Estás seguro?

–Muy seguro. Lo oí de él en persona. Estaba llorando y lamentándose porque debía entregar a alguien esta noche. Pero no dijo a quién. Creo que esta noche podré saber qué está ocurriendo aquí.

–¿Qué estás loco? No debes salir esta noche, a menos que quieras morir. Procura pasar desapercibido todo el día. Bajo ningún término llames la atención del capataz o te seleccionará a ti. Debes tener cuidado. –Le advirtió Mario y aceleró el paso alejándose de Pedro.

Rápidamente Mario hizo correr la voz. En poco tiempo todos sabían que esta noche uno de ellos sería la próxima víctima. –Esta noche sucederá de nuevo. –Era el mensaje que circulaba en voz baja entre los peones.

Al momento de sentarse en el comedor y beber el horrendo té caliente, al cual irónicamente le faltaba azúcar, todos se miraban de reojo con preocupación. Nadie quería ser el siguiente. Cuando el capataz irrumpió en el comedor dando un fuerte portazo, nadie se atrevió a mirarlo. Todo el mundo miraba fijamente su taza y se dedicaba a comer las piezas de pan en absoluto silencio. Ortega caminó entre las mesas lentamente observando los peones, los miraba detenidamente evaluando quién sería la mejor opción. Uno de los peones que destacaba entre los demás porque era el único de cabellos rubios, no soportó el miedo cuando el capataz se

paró tras de él por unos interminables segundos. Con sus manos temblorosas sujetó su taza, pero se le escapó de las manos, cayendo ruidosamente al suelo salpicando el líquido caliente sobre los pantalones de Ortega. Este le lanzó una mirada fulminante.

–Lo siento patrón. – Se disculpó el peón con la voz entrecortada.

–¿Cómo te llamas? –Preguntó el capataz.

–Francisco patrón, Francisco Nieto.

–Dime Nieto tienes familia?

–Sí patrón. Tengo esposa y tres hijos. El más pequeño nació el año pasado y los más grandes tienen 4 y 5 años.

Ortega miró a lo lejos durante unos instantes pensando y luego continuó caminando para alivio del trabajador. Al recorrer las mesas se percató que solo uno de los obreros lo miraba fijamente, siguiéndolo con la mirada en todo momento. Se acercó hacia él y le preguntó. –¿Sucede algo peón?

–No patrón. Es solo que creo que está aquí para tomar una decisión.

El capataz permaneció en silencio sorprendido y luego preguntó. –¿Eres nuevo aquí? ¿Cómo te llamas?

–Mi nombre es Pedro Suarez patrón.

–Es verdad Pedro, debo tomar una decisión y creo que me la has simplificado. Solo una cosa más. ¿Tienes familia?

–Solo tengo a mi madre patrón. Ella ya es mayor y solo me tiene a mí luego de que mi padre se muriera y mi hermano mayor desapareciera aquí mismo el año pasado.

Sorprendido, el capataz no supo qué responder y continuó su camino. No pensaba ser el responsable de quitarle dos hijos a una pobre anciana. Así que, a pesar de que el muchacho lo desafiaba con la mirada, siguió buscando entre los demás. Habló con varios a los que elegía al azar o porque su rostro no le gustara, todos tenían familias, hijos, abuelos enfermos, todos tenían a alguien que necesitara de ellos. La decisión se volvía difícil. Hasta que llegó a la mesa donde estaba sentado Mario junto con Juan.

–Ustedes dos. ¿Cómo se llaman?

–Mario Avellaneda patrón… y él es Juan Ruiz.

–¿Alguno de ustedes tiene hijos?

–No señor. Ninguno tiene. –Respondió Juan con tono de resignación.

–Bueno. Esta noche, necesitamos que alguien haga vigilancia al edificio de procesamiento, el que tiene la gran chimenea. Necesito que uno de ustedes se encargue. ¿Algún voluntario?

Se miraron de reojo uno hacia el otro, esperando que alguno levantase la mano, pero ninguno se ofreció. No querían entregarse voluntariamente a su muerte.

–En ese caso. Tendré que elegir yo mismo. –Ortega se tomó del mentón tocándose la barba de días sin afeitar, intentando tomar una decisión. –Creo que serás tú Avellaneda. Este día no irás a trabajar. Descansa y a la noche pasaré a buscarte.

Mario miró hacia su compañero, pero éste esquivó su mirada. El resto de los obreros mantenía su mirada fija en su taza. Nadie lo ayudaría. Con una angustia que le apretaba el pecho hasta casi ahogarlo, solo alcanzó a asentir con la cabeza.

El desayuno había terminado, todos salieron en dirección al trabajo menos él, que quedó sentado en soledad. Pensó en escapar, pero sería inútil. Los guardias de la entrada lo encontrarían antes que diera un solo paso fuera del lugar, su destino estaba sellado.

Aquel día pasaba desesperantemente rápido para Mario. Sentado en su cama, lo invadía el miedo. ¿Qué cosas le esperaría esa noche? Pensaba y lo volvía a pensar.

–Si me entregan al ejército diré que ese maldito Urquiza aloja guerrilleros. Si. Eso haré. Va a pagar por todo ese imbécil.

Pero otra idea invadió su mente con insistencia. –No. El demonio no existe. Maldito Juan y tus estúpidas historias. ¡Si el demonio me lleva le diré que te lleve a ti también!

Lleno de terror veía como las manecillas del reloj se movían implacables. Eran casi las cinco de la tarde, cuando lleno de resignación comenzó a escribir una carta para su familia. No tenía una relación con su madre, su padre y sus hermanos, pero en ese momento, en el que estaba seguro que llegaría su muerte, sintió una inexplicable necesidad de despedirse de ellos, de decirle cuánto sentía haber sido un mal hijo y un mal hermano. Sacó un pedazo de papel arrugado y un viejo lápiz partido por la mitad e

intentó expresar cuánto lo sentía escribiendo unas palabras.

El reloj siguió avanzando. Ya eran casi las siete de la tarde. La ansiedad crecía a cada instante. Su corazón latía tan fuerte que sentía que saldría de su pecho. Miraba fijamente el reloj deseando con todas sus fuerzas que las agujas volvieran hacia atrás. Cada sonido que oía lo sobresaltaba pensando que era la puerta que se abría y venían a buscarlo.

Finalmente, eran casi las ocho de la noche cuando el momento tan temido llegó. El capataz entró al viejo galpón y abriendo la puerta lentamente se acercó hasta Mario quien todavía sentado en su cama lo esperaba secándose las lágrimas que se deslizaban por su rostro. – ¿Estás listo muchacho? –Le dijo con una voz casi fraternal.

–Sí patrón. Estoy listo. Solo necesito darle algo a un compañero. Por favor patrón.

–Está bien. Podemos esperar unos minutos. Ya deben estar por llegar.

Para alivio de Mario, esperaron unos valiosos minutos. Sentía como si fuera oxígeno extra para una persona que se estaba ahogando. Cuando los demás llegaron finalmente, solo alcanzó a entregarle el papel arrugado y sucio a Pedro en sus manos sin decirle una palabra, pero su mirada lo decía todo. El papel decía “Para mi familia” y debajo podía leerse la dirección, escritas con dificultad con errores de ortografía y mala caligrafía, típica de alguien que no ha tenido la posibilidad de estudiar. Pedro tomó el papel y se lo guardó en el bolsillo y quedó observando como Mario se alejaba junto al capataz con la cabeza gacha. Tras él se cerró la puerta y la traba fue colocada. Ya no había posibilidad de regresar a la seguridad del maltrecho galpón.

Capítulo 4

La noche comenzaba a caer como un oscuro manto sobre los inmensos plantíos. El cielo cubierto de oscuras nubes evitaba que la luz de la luna interrumpiera siquiera por unos instantes aquella penumbra. Iluminando su camino con dos linternas, Mario y el capataz caminaban por un pequeño sendero entre los cáñamos, que se sacudían y crujían por el viento dando la impresión que aterradoras cosas se ocultaban entre ellos.

–Jefe ¿Qué va a ocurrir conmigo? –Preguntó el joven sin poder contener más su angustia y temor.

–Nada ocurrirá. Solo vas a cuidar el predio de noche. Eso es todo. –Le respondió esbozando una notablemente falsa sonrisa.

–No es necesario mentirme, Jefe. Todos saben lo que le ocurre a los que usted busca para estos trabajos nocturnos. Nunca más se los vuelve a ver.

–Son solo historias. Solo debes cumplir el horario y serás libre de marcharte. Solo debes vigilar aquel edificio, no es nada de otro mundo.

El antiguo edificio de procesamiento que debía vigilar, era la construcción más alejada del Ingenio, estaba a casi un kilómetro de las barracas. El aspecto de la estructura era espeluznante, sus paredes grises llenas de humedad, las ventanas rotas y esa alta chimenea hecha de ladrillos que parecía a punto de caer, indicaban que el edificio no era usado hace mucho tiempo.

–¿Por qué debo cuidar esto? Es obvio que ha estado abandonado hace años. –Preguntó Mario convenciéndose cada vez más que algo andaba mal.

–No más preguntas. Solo debes encargarte de cuidar este edificio y mantener tu boca cerrada. –Le contestó tajante para luego alejarse y dejar al desafortunado y temeroso joven en aquella soledad del sembradío.

El capataz miró hacia atrás. Al ver a aquel muchacho temblando de miedo, no pudo evitar sentirse mal por él. En su mente vinieron los recuerdos de aquella lejana noche en la que él mismo estuvo en esa situación. La culpa que sintió en ese momento lo hizo sentir un desgraciado. No pudo evitar volver sobre sus pasos.

–Escucha muchacho. –Le dijo con tono preocupado al pobre Mario que lo miraba con ojos brillantes al borde de las lágrimas.–Tu puedes salir de

esta. –Lo alentó mientras ponía en su mano su puñal en forma de cruz. –Tienes que pelear. Es la única forma.

El muchacho lo miró sin entender lo que sucedía. El capataz jamás se había desprendido de su querido puñal. Permaneció en silencio mientras su rudo patrón se alejaba. Lo siguió con su mirada hasta que finalmente desapareció a lo lejos.

Cuando estuvo completamente solo, Mario apretó con fuerza aquel puñal mientras miraba hacia el sembradío que se agitaba y crujía de manera espeluznante. Estaba en un predicamento, sabía que debía hacer algo, pero no sabía que. Intentó entrar al edificio, pero al abrir la puerta principal y ver la impenetrable oscuridad del interior semejante a la boca de un hambriento animal decidió que era mejor estar fuera, al menos tendría la oportunidad de correr por su vida.

Pronto la batería de su linterna perdió su potencia y el débil haz de luz comenzó a parpadear. Mario pensó que era una decisión inteligente apagar su linterna para cuando lo necesitara realmente y así lo hizo. La negrura de la noche invadió todo el lugar. Las lejanas luces de las barracas eran para Mario como un oasis en medio del desierto para algún sediento extraviado. Su corazón palpitaba tan deprisa que sentía como si estuviera a punto de salirse por la boca.

–Debes calmarte. –Se decía a sí mismo, –Nada ha pasado y nada pasará. Solo es un estúpido sembradío de noche. No puedes ser tan cobarde.

El tiempo transcurría desesperantemente lento, aunque tan solo habían transcurrido un par de horas, Mario tenía la sensación de que llevaba días enteros allí. Intentaba calmarse, caminando de un lado hacia el otro, mirando hacia los sembradíos cada vez que escuchaba alguna rama romperse. Finalmente la tranquilidad fue llegando a su mente, después de todo ya había pasado la media noche y todavía seguía allí.

–Seguramente los pobres desgraciados que vinieron antes que yo no aguantaron el temor y huyeron. Si. Eso debió haber ocurrido. Después de todo, no todos pueden ser tan valientes como yo. –Se auto convenció y hasta dibujó una gran sonrisa en su rostro. El miedo por fin se había disipado casi por completo.

Luego de tantas horas caminando de un lado hacia el otro, finalmente el cansancio lo había alcanzado, así que, recostándose contra la pared del edificio, se colocó lo más cómodamente posible y, aunque intentó no hacerlo, sus ojos se le cerraron por completo.

–Mario. –Se escuchó un leve murmullo en el silencio de la noche. –¡Mario

despierta! –Continuaba el espeluznante llamado.

El joven abrió los ojos y todavía adormilado miró hacia todos lados intentando ver quien lo llamaba. La noche seguía serena, no había nadie allí. –Debo estar soñando. –Se dijo y volvió a acomodarse. Pero esta vez no logró volver a dormirse.

El fuerte sonido de algo caminando entre los cañaverales, quebrando ramas a su paso lo sobresaltó.

– ¿Quién anda ahí? –Gritó en voz alta mientras levantaba el puñal temeroso.

El sonido de los tallos quebrándose con violencia continuaba, algo se estaba acercando. Un fuerte escalofrío recorrió la espalda del joven hasta llegar a su nuca, haciendo que su piel se erizara por completo.

–Será mejor que se vaya. No quiero lastimar a nadie pero lo haré si debo hacerlo. –Gritó con la voz entrecortada.

Sin saber qué hacer, Mario tomó una gran roca y la arrojó hacia la plantación. Un sonido sordo indicó que había impactado en algo. La cosa que estaba caminando oculta entre las ramas detuvo su marcha.

Desesperado Mario intentaba ver algo, pero la impenetrable oscuridad se lo impedía. Encendió la linterna pero esta comenzó a parpadear nuevamente, la luz apenas era suficiente como para alumbrar hasta unos escasos metros frente a él. Con sus manos temblorosas intentó quitar las baterías pero estas se le cayeron. –Eres un torpe. –Se insultaba mientras tanteaba el suelo en la oscuridad buscando las preciadas pilas. Cuando las halló, las volvió a colocar y encendió su linterna.

El haz de luz iluminó hacia las plantaciones. Al principio no pudo ver nada, pero luego de unos instantes finalmente lo vio.

Allí estaba un hombre, completamente vestido de negro con un gran sombrero de paja que le cubría su rostro. El hombre era alto, muy alto y delgado. Sus ropajes estaban hechos prácticamente de harapos. Aquel misterioso ser estaba parado inmóvil, a menos de 30 metros de Mario. La desesperación volvió a apoderarse del joven quien no sabía quién era aquel sujeto.

–¿Quién eres? –Preguntó sin poder evitar que su voz pareciera la de una niña asustada.

El hombre no contestó.

–Será mejor que te largues. Esto es propiedad privada. No puedes estar aquí.

El hombre siguió en silencio.

Mario comenzó a dar pequeños pasos hacia atrás intentando alejarse. Fue entonces que el hombre comenzó a caminar hacia él. Primero lentamente, luego su paso se aceleró y comenzó a correr como una fiera implacable tras su presa.

El joven comenzó a correr presuroso, nunca en su vida se había movido a tanta velocidad. Su terror crecía a medida que sentía a su perseguidor cada vez más cerca. Corrió en dirección a las barracas, estaban tan lejos, pero era su única oportunidad. Intentó tomar un atajo entre los sembradíos. Siguió su carrera desesperada chocando contra las ramas que sobresalían, hasta que, finalmente, presa del pánico, se tropezó y cayó pesadamente.

Desde el suelo y aterrado, Mario miró hacia atrás y allí en el extremo del estrecho sendero entre las altas cañas que se mecían de manera amenazante con el viento, estaba aquel hombre. El perseguidor se acercaba lentamente, pero a medida que se acercaba su forma iba cambiando, su cuerpo completo se fue transformando. Apoyando sus manos en el suelo comenzó a caminar en cuatro patas como si fuera un animal. El sombrero había desaparecido y en su lugar había dos gigantescas orejas puntiagudas. Su quijada se convirtió en un gran hocico repleto de afilados dientes. Su lomo sobresalía sobre su espalda musculosa. El cuerpo completo se cubrió de un grueso pelaje negro como la misma noche. Se había transformado en un gigantesco perro sediento de sangre. Pero lo más aterrador era aquella mirada diabólica, sus enormes ojos resplandecían con un rojo intenso como las llamas del infierno. No había duda, aquella cosa era ese ser demoníaco del que las leyendas advertían, aquel ser era el mal en persona, era el Familiar.

Mientras la bestia se acercaba relamiéndose, casi deleitando la sangre de su próxima víctima, la voluntad abandonó por completo a Mario, con resignación ante su inminente muerte, tomó sus rodillas con sus brazos y escondió su cabeza. Cerró sus ojos con fuerzas mientras esperaba con amargura el momento en que todo acabaría...

Lo siguiente que sintió fueron unas manos que lo sujetaron fuertemente de sus hombros.

–Levántate maldita sea. ¡Debemos irnos! –Lo alentó de repente una voz conocida. Era Pedro quien con todas sus fuerzas intentaba que el asustado Mario se levantara.

Luego de unos instantes que parecieron interminables, Mario reaccionó y tambaleando se puso de pie.

Juntos comenzaron a correr lo más rápido que podían. Al mirar hacia atrás, Mario ya no vio aquel aterrador ser. Sin saber muy bien que hacer ambos se detuvieron, colocándose espalda contra espalda miraban hacia su alrededor. Las plantas se mecían y crujían movidas por el viento.

–¿Qué haces aquí?–Preguntó Mario con la voz temblorosa.

–He venido a salvarte. Te vi corriendo hacia las plantaciones y vine detrás de ti. ¿Qué te ha sucedido?

–¿Acaso no has visto esa cosa?

–¿De qué estás hablando? No he visto nada.

–Es el Familiar. Yo lo he visto. El demonio está aquí en el cañaveral.

Una fría sensación de angustia y miedo recorrió el cuerpo de Pedro. –¿Estás seguro?–Preguntó con la esperanza que todo fuera producto del miedo que sentía el pobre Mario en ese momento.

–Estoy seguro. Estaba allí como un hombre vestido de negro y luego... luego se convirtió en un enorme perro... esos ojos amigo.. esos ojos no eran de este mundo. Es el diablo en persona.

El aterrador sonido de ramas quebrándose a su alrededor los puso en alerta.

–Tenemos que volver a las barracas. –Súplicó Mario desesperadamente.

–Esa no es una opción, nadie nos abrirá las puertas. Tenemos que escondernos y luego buscar la forma de escapar. Vayamos a ese viejo edificio.

–¿Estás loco? Ese lugar es una tumba.

–Es mejor que estar aquí afuera. Somos presa fácil para lo que sea que esté ahí.

Ambos corrieron frenéticamente hacia el viejo edificio abandonado. Al entrar solo vieron la angustiosa oscuridad en su interior. Dudaron por un momento, pero finalmente decidieron entrar. Se adentraron en la negrura del edificio tanteando el terreno con su manos buscando algo que los pudiera proteger. Finalmente, tropezaron con unas grandes cajas de

madera y decidieron ocultarse detrás.

–Mantente en silencio Mario. Tendremos que ocultarnos aquí.

Ambos permanecieron agachados tras las cajas. Mario comenzó a temblar profusamente. Su respiración era cada vez más agitada.

–Por el amor de Dios Mario. Intenta hacer menos ruido.

Entonces lo escucharon. El fuerte sonido de las pisadas de una bestia entrando al viejo edificio. Pedro le tapa la boca a su amigo. –Permanece callado. – Le susurra al oído.

El sonido de las pisadas se acercaba más y más. La criatura estaba a escasos metros de ellos. Una necesidad incontrolable de escapar corriendo lo más rápido posible se apoderó de ellos. Pero correr no era una opción. No llegarían muy lejos con aquella cosa tras ellos y sin un lugar donde protegerse. Su única opción era permanecer allí, ocultos, rogando a Dios que aquella criatura del infierno no los encontrara.

Aquella cosa continuó caminando en la oscuridad de aquel viejo edificio. Pedro cerró sus ojos y llevó su mente lejos de aquel horror. Se vio a sí mismo, sentado junto a su hermano frente a un fogón. Estaban en su humilde hogar. Afuera se desataba una tormenta. La lluvia golpeaba con fuerza sobre el techo de viejas y oxidadas chapas. Desde su silla mecedora su madre los miraba sonriente. –Saben hijos…–Les dijo su madre. –Cuando sientan miedo y sientan que corren peligro, solo deben pensar en sus seres queridos. Estén donde estén, el amor de su familia siempre los protegerá. Nunca lo olviden.

Pedro volvió a abrir sus ojos, ya no estaba en la calidez del hogar, volvía a estar en la cruel oscuridad de aquel edificio abandonado. –Creo que se ha ido. –Dijo Mario emocionado.

Pedro asintió.–Será mejor que nos quedemos aquí hasta el amanecer. Luego de ello deberás irte Mario. No deberás estar aquí. Escapa lo más lejos que puedas. Si continuas aquí, ellos van a entregarte a esa cosa.

–No te preocupes, no pienso quedarme. –Le respondió Mario con el alivio impregnado en su voz.

Las horas fueron pasando. Mientras permanecieron allí ocultos, escucharon varias veces a la criatura deambular por las afueras, buscando. Cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a colarse entre las viejas paredes del edificio, ya no había señales de aquel ser.

–Debemos irnos. –Le indicó Pedro.

Juntos corrieron entre los grandes sembradíos. Recorrieron una gran distancia, de varios kilómetros, hasta que finalmente llegaron al alambrado que limitaba los campos. Mario se deslizó por debajo del alambre y lo levantó para que Pedro pasara.

–¿Qué esperas? Vámonos. –Le dijo Mario.

–No puedo irme. Necesito quedarme y acabar con esto.

–Haz visto esa cosa…si te quedas morirás. No hay nada… escúchame bien…No hay nada que puedas hacer contra eso. No eres nadie, solamente un niño, si de verdad algo de tu vida te importa, debemos irnos ahora.

–Lo siento… no me iré. Toma la carta. No será necesaria. – Le respondió Pedro mientras le devolvía el papel que Mario le había entregado.

–Eres un tonto… pero si vas a quedarte, toma esto.–Marió le alcanzó el puñal que el capataz le había dado.–Me lo dió el señor Ortega, me dijo que la única manera es peleando, supongo que te servirá de algo.

Pedro tomó el puñal y lo miró con detenimiento.

–Solo cuídate amigo. Ahora vete antes de que nos descubran. –Le dijo Mario para luego marcharse por el polvoriento camino que se alejaba del ingenio.

Capítulo 5

1

Aquella mañana todo fue distinto durante el desayuno. Nadie pronunciaba una sola palabra, todos se limitaban a tomar su té hirviendo con las hogazas de pan. Aquella mañana faltaba uno de ellos, y aunque la gran mayoría sentía una profunda pena por su compañero desaparecido, no podían evitar sentir un profundo alivio de que fuera otro quien hubiera enfrentado los horrores de la desolada noche en el sembradío.

Pedro llegó sigilosamente antes de que entraran al comedor y se unió al resto sin que nadie se percatara. Se sentó en la última mesa y mientras bebía la infusión, observaba fijamente al capataz. El viejo Ortega lucía cansado, se notaba que había tenido una mala noche, llena de remordimiento y culpa, pero a la vez su rostro reflejaba, al igual que la del resto, un profundo alivio. La noche ya había pasado, y si el demonio estaba satisfecho, ya no habría necesidad de otro sacrificio en un largo tiempo.

El viejo capataz sintió la mirada de Pedro clavada en su nuca. Dirigió su vista hacia él y se percató de lo desafiante de aquellos ojos. A diferencia del resto, aquel muchacho delgado, y en apariencia débil, no parecía sentir ningún tipo de miedo hacia él o hacia el Ingenio.

Preso de la intriga, el capataz se acercó y para sorpresa de todos se sentó en la última mesa, justo frente al muchacho.

–¿Tú eres Suarez verdad? Pedro creo que era tu nombre…–Le dijo el capataz con el rostro serio, lanzando una mirada asesina.

–Así es señor. Soy Pedro Suarez. –Le respondió sosteniendo la mirada.

–Pareces una persona que no tiene miedo… eso es peligroso. Tener miedo es algo inteligente muchacho. Un hombre sin miedo es un hombre que se rifa su muerte.

–Usted tampoco parece tenerlo. Si me permite mi opinión…

El capataz se sorprendió de la respuesta del chico. Estaba acostumbrado a que los demás peones agacharan la cabeza y se limitaran a asentir cada una de sus palabras. –Si tengo miedo muchacho… solo soy lo suficientemente listo para no dejar que los demás lo noten. Si no tuviera el sagrado don del temor, hace muchas lunas que ya hubiera muerto… Así que reconozco cuando alguien no teme…y tú aquí con tu mirada desafiante, me demuestras que no temes… solo me intriga saber a qué has venido. ¿Acaso es por tu hermano? Si ese es el caso, debo decirte que

será mejor que te vayas. No encontrarás nada bueno aquí. Si tienes madre, piensa en ella y vete de aquí… olvida este lugar y olvídate de tu hermano.

Pedro hizo una pausa. –Ahora lo entiendo… no es miedo lo que usted siente. Usted aquí, pidiéndome que me vaya, lo que me demuestra es la culpa que siente. Se nota que ha hecho cosas terribles, aunque no ha querido…y sabe que es tan culpable como el que le ha obligado a hacerlo.

El capataz lo miró con odio, pero en el fondo de sus ojos marrones, atravesados por finas líneas de sangre, brilló tenuemente una lágrima. –¿Qué insinúa?

–Solo le diré que no me iré de aquí… Si quiere puede intentar correrme, pero no lo hará, porque la próxima vez que le exijan que elija a alguien ya no tendrá que hacerlo, porque yo seré su voluntario.

El viejo capataz apretó su puño con fuerza, luego miró hacia la ventana. El sol ya se había asomado en plenitud sobre los campos. –Así será muchacho…así será. –El señor Orgeta se puso de pie y siguió caminando entre las demás mesas, dejando a Pedro solo. Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del muchacho.

2

Aquel día el calor fue terriblemente insoportable, más que cualquier otro día. El sudor empapaba por completo la ropa de los peones. La gran mayoría optó por quitarse sus malgastadas camisas o remeras y envolver con ellas sus cabezas para protegerlas del sol. Los implacables rayos de sol les producían terribles quemaduras en sus espaldas expuestas. Pero algo más que un inusual calor sucedió ese día. Algunas de las cañas de azúcar, lucían resecas, muy distintas a como estaban el día anterior y otras, eran increíblemente duras de cortar, mucho más de lo habitual. Las horas iban pasando y el trabajo iba lento, mucho más lento de lo habitual. Para la hora del almuerzo, apenas uno de los camiones había sido llenado a diferencia de los cinco que se llenaban habitualmente.

El señor Ortega desde la cajuela de una camioneta observaba a los trabajadores. Luego su mirada se dirigió hacia las extensas plantaciones. Por primera vez en muchos años, un tenue tono amarillento y reseco se asomaba entre el intenso verde que caracterizaba a los cáñamos del ingenio. Algo no andaba bien. Un escalofrío recorrió su cuerpo. – Quizás un solo peón no ha sido suficiente. –Pensó. Una profunda tristeza ensombreció su rostro, la idea de que pronto tendría que entregar otro peón a la muerte lo entristecía.

3

Aquella noche, luego de la cena. Los peones marchaban en silencio hacia las barracas. Iban en completo silencio como si de condenados marchando hacia la horca se tratara. Al estar cerca de las puertas, Pedro miró hacia las plantaciones, por un segundo la idea de escaparse nuevamente para buscar aquella cosa cruzó por su mente, pero estaba demasiado cansado, cada una de las fibras de su cuerpo le dolían, no estaría en condiciones de resistir nada aquella noche.

Los trabajadores ingresaron a las barracas, se acomodaron en cada una de las camas. De las cincuenta camas cuchetas, solo había una que tenía un lugar vacío. La cama de Mario. Pedro se acomodó en su colchón amarillento. Dirigió su mirada hacia la traba que aseguraba la puerta. Por alguna razón aquella imagen llevó su mente nuevamente hasta su niñez. Era una tarde de otoño, recordó que para entonces tenía ocho años y lo que más deseaba en el mundo era tener una casa en el árbol. La idea quedó grabada en su mente cuando una mañana había acompañado a su padre hasta la tienda del centro a entregar las bolsas de carbón que él preparaba en un horno artesanal que se encontraba detrás de la casa, luego de entregar el pedido, su padre permaneció hablando con el señor Tapia, el dueño de la tienda. Allí fue que Pedro vio en el viejo televisor en blanco y negro que colgaba en una de las paredes del local, un programa, no supo como se llamaba, pero le quedó la imagen de unos niños que jugaban en una casa construida sobre un enorme arbol, con grandes ramas que se extendían como gigantezcos brazos. Cuando volvió a su casa junto a su padre, corrió junto a Claudio, quien se encontraba introduciendo más leña en el inmenso horno de barro para hacer más carbón para la venta. Así era como se ganaban la vida, no había tiempo ni dinero para que fueran a la escuela, ambos niños debían ayudar a mantener a su familia y así lo hicieron.

–Claudio… quiero que hagamos una casa del árbol. –Le dijo Pedro emocionado.

–Ahora estoy muy cansado Pedro, no tengo tiempo para tus estupideces. –Le contestó con fastidio mientras se secaba la transpiración de su frente manchándola con el negro del carbón.

–Está bien. –Le contestó Pedro entristecido y tomó unos leños para ayudar a su hermano. Con dificultad traía los pesados leños y los colocaba junto a la boca del horno, su hermano los acomodaba en el interior. Una vez que el horno estuvo lleno, Claudio selló la puerta de entrada. Luego desde la parte superior, introdujo el fuego. La madera debía arder durante más de diez horas para que se transformara en carbón, así que su tarea estaba terminada. Juntos, completamente sucios y cansados, se sentaron frente al horno mientras escuchaban el sonido de las llamas ardiendo en el

interior.

Claudio miró a su hermano menor. Vio la tristeza en sus ojos. Apoyó su mano sobre su hombro. –Gracias hermano. No podía haberlo hecho sin tí. –Le dijo. Pedro solo sonrió.

–Con que una casa en el árbol… creo que puede ser una gran idea, es decir, tendríamos un fuerte donde descansar cuando terminemos de trabajar.

El rostro del pequeño Pedro se iluminó. Aquella tarde fueron hasta la parte más lejana del terreno, lejos de la vista de su padre. Allí, justo detrás del alambre que limitaba su terreno, había un inmenso roble, más allá, se extendía un pequeño bosque.

–Este lugar será perfecto. –Dijo Claudio, señalando las grandes ramas del roble. –Allí podremos construir nuestra casa. Y así fue, cada tarde, luego de las extenuantes jornadas de trabajo en el horno, los niños se dirigían a construir su fuerte. Lo hicieron con tablas que iban recolectando, usaban clavos oxidados que encontraban entre las herramientas de su padre. Poco a poco, fueron terminando el piso de su casa, luego siguieron con las paredes que hicieron apilando cajones que se usaban para llevar verduras. Cada tarde, antes de volver, permanecían sentados en su fuerte, mirando como el sol descendía en el lejano horizonte, tiñendo el cielo de un naranja profundo. Aquellas tardes mágicas eran algo que Pedro jamás olvidaría. Pero hubo otro hecho grabado en lo profundo de su mente.

Una de esas tantas tardes luego del arduo trabajo, los hermanos se encontraban sentados en su casa del árbol. Mientras miraban hacia lo lejos hablaban sobre su futuro. A pesar de ser muy pequeños, sus mentes estaban llenas de sueños. Pensaban en irse muy lejos, quizás a la ciudad capital, pensaban en cómo sería ir a la escuela, como sería tener amigos, como sería tener todo lo que no han tenido. A lo lejos podían ver el humo de la cocina a leña, su madre seguramente estaría preparando la cena. Entonces escucharon un fuerte chasquido. Pedro miró a Claudio con horror mientras sentía que el piso comenzaba a inclinarse. La casa del árbol que con tanto esfuerzo habían construido, comenzaba a derrumbarse.

Claudio alcanzó a aferrarse a una rama con su brazo izquierdo, mientras intentaba sujetar a su hermano con el derecho, pero no lo logró. La casa cayó con un enorme estruendo y Pedro cayó con ella. Su pequeño cuerpo golpeó con fuerza contra el suelo y pesadas tablas cayeron sobre él. Claudio descendió rápidamente y buscó a su hermano con desesperación. –¡Pedro! ¡Pedro!–Lo llamaba asustado mientras quitaba las maderas. Allí estaba Pedro, inconsciente. Una delgada línea de sangre caía por su rostro desde sus cabellos. Su pequeño brazo estaba doblado en una posición

imposible.

Claudio levantó a su hermano entre sus brazos y comenzó a correr mientras la angustia lo invadía. –¡Resiste hermano¡ ¡Resiste!

Al llegar a su casa, su madre gritó de angustia, mientras su padre sujetaba a Pedro y partían rumbo al hospital. Cuando el médico del pueblo lo atendió, no hubo que lamentar nada más que una pequeña contusión y varios meses de un brazo enyesado. Cuando Pedro despertó ya se encontraba de nuevo en su habitación. La noche había caído. Sintió por primera vez el dolor en su brazo. Al mirarlo se percató del yeso, también de la venda en su frente. Entonces sintió un chiflido que provenía desde su ventana.

–¿Te encuentras bien?–Preguntó Claudio desde el exterior, pero por alguna razón no mostraba su rostro.

–Estoy bien hermano, solamente me duele un poco.–Respondió sonriendo, feliz de escuchar a Claudio.–¿Pero qué haces ahí? Ven.

–No puedo. Debo quedarme aquí. Papá me ha castigado y debo dormir afuera.

–Pero… es de noche… está oscuro. No puedes quedarte ahí. No ha sido tu culpa. Le diré a papá que…

–No le digas nada Pedro. Está bien… ha sido mi culpa. Yo debía cuidarte y casi hago que te mueras. Solo quería saber que estuvieras bien.

Pedro se levantó con dificultad y se dirigió hacia la ventana.–Pero no es justo…déjame verte hermano.

–No… no te acerques. Está bien hermanito. Debes descansar.

Pedro no hizo caso, se acercó hasta la ventana y al correr las cortinas, la amarillenta luz de su habitación iluminó el rostro de su Hermano. Su rostro estaba hinchado, apenas podía abrir sus ojos derecho, y el izquierdo solamente era una delgada línea entre dos enormes bolsas moradas que eran sus párpados. Al regresar del hospital, su padre lo había golpeado salvajemente como castigo por lo sucedido. Así eran las cosas en su niñez. Su padre era un hombre recto, que no toleraba el mal comportamiento, lo castigaba con severidad.

–Claudio… lo siento…–dijo Pedro mientras las lágrimas comenzaban a brillar en sus ojos.

–Está bien Pedro. Los hermanos debemos cuidarnos entre nosotros y pase

lo que pase, sé que tú cuidarás de mí al igual que yo cuidaré de tí.

Esas palabras de su hermano volvieron a su mente con claridad, casi como si las estuviera susurrando a su oído. Pedro volvió a mirar hacia la traba que aseguraba las puertas. –Te prometo que te encontraré hermano. –Susurró.

Capítulo 6

1

Era cerca de la medianoche. El calor sofocante y el constante zumbido de los mosquitos despertaron a Pedro. Mientras se secaba la transpiración de su rostro con su mano, echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba en el más absoluto silencio, solo interrumpido por algunos ronquidos intermitentes. Aunque estaba cansado, no pudo volver a dormir. Su mente estaba repleta de pensamientos. Aquella cosa en el sembradío no era de este mundo. Aquel demonio se había llevado a su hermano. Fue entonces cuando escuchó el primer golpe. Algo había impactado con fuerza contra la puerta. La madera de la traba crujió. Aquel crujido le hizo recordar al sonido que hizo la madera de la casa del árbol al ceder.

Pedro se sentó en su cama. Por un minuto o dos, no volvió a escucharse otro sonido. Los demás trabajadores ni siquiera se habían despertado, estaban demasiado cansados y sumidos en un sueño demasiado profundo como para que un sonido, por más fuerte que haya sido, los despertara.

Entonces vino el segundo golpe. Algo había impactado contra la puerta con tal fuerza que las grandes bisagras de metal comenzaron a ceder. Pedro se puso de pie. Algunos de los demás peones se despertaron.

–¿Qué fue eso? –Preguntaron algunos desconcertados, otros reclamaban para que los dejasen seguir durmiendo, ignorantes del peligro inminente que provenía de la oscuridad del exterior.

Un tercer golpe se oyó a continuación del anterior, esta vez la traba de madera se partió en dos como si de un palillo seco se tratara. Los trozos de madera cayeron pesadamente provocando un estruendo. Esta vez todos los peones se despertaron. La puerta se abrió lentamente mientras el espectral sonido de las bisagras oxidadas chirriando invadía el lugar.

Desde la oscuridad de la noche, una espectral figura entraba caminando lentamente. Allí estaba aquel demonio. Pedro quedó estupefacto. Junto a él se encontraba Juan Ruiz, quien no pudo evitar comenzar a temblar como una hoja en un día ventoso.

–Es el familiar.–Dijo Juan con voz temblorosa mientras hacía la señal de la cruz.

Todos los peones se pusieron de pie, espantados. Permanecieron parados junto a sus camas, incapaces de cualquier reacción mientras aquel ser entraba a las barracas desde la única salida posible. Aquella cosa era enorme, tenía la forma de un perro gigantesco, negro como una noche sin luna y sin estrellas. Sus ojos resplandecían con un rojo intenso como las

llamas del averno.

La criatura caminó lentamente mirando hacia los peones, parecía buscar algo o a alguien. Cuando la criatura pasó frente a Pedro se detuvo. Lo miró fijamente directo a los ojos, pero Pedro no bajó la mirada, la sostuvo mientras la criatura comenzaba a mostrar los colmillos. Pedro puso su mano derecha en su cintura, allí estaba el puñal en forma de cruz, lo tomó lentamente. Pensó que quizás esa era su oportunidad, frente a él tenía al culpable de la muerte de su hermano, quizás no le haría ningún daño a aquel monstruo, pero al menos debía intentarlo.

La criatura se acercó hasta que su enorme hocico estuvo frente a Pedro, pero entonces algo desvió su atención. Su mirada se dirigió hacia la cama que estaba junto a ellos. La bestia parecía olfatear aquel colchón. Era la cama que ocupaba Mario. El familiar había ido a reclamar a su presa.

Mientras la atención de la criatura estaba en aquel amarillento colchón, Pedro se preparó para asentar el golpe, justo en el cuello de aquel ser, pero entonces uno de los peones no pudo soportar el miedo y corrió hacia la entrada.

La criatura, en un movimiento inhumanamente rápido, corrió trás él, pero su forma había cambiado, ya no era aquel enorme perro, se había convertido a una forma humana, alta y robusta, pero sin rostro, completamente oscura. Mientras aquel trabajador corría desesperado, Pedro se acercó hasta la puerta a observar.

Aquel hombre era Francisco Nieto, entre tantos peones, Pedro lo recordaba por aquella tarde cuando dijo su nombre en el comedor. El aterrado peón no pudo avanzar más que unos metros hasta que la bestia lo alcanzó.

El familiar lo tiró al piso y apoyó su pierna derecha sobre él evitando que pudiera levantarse.

– ¡Por favor no! ¡Por favor déjame ir! – gimoteaba Francisco aterrado mientras sus pantalones comenzaban a oscurecerse por la orina que afloraba incontenible.

Pedro se dirigió hasta la puerta sujetando el puñal. Se dispuso a salir en ayuda del desafortunado Francisco, pero Juan lo detuvo.

–¿Qué crees que haces? Quédate aquí si no quieres correr la misma suerte que él. Ya nada puede hacerse más que agradecer que no eres tú el que está ahí con esa bestia.

Al escuchar los gritos, el capataz y el mismísimo Baltazar Urquiza se asomaron desde sus casas. El señor Urquiza observó impávido como aquel

ser sujetaba al peón. No tardó mucho en darse cuenta que algo había salido mal con el sacrificio.

–No puede ser.–Murmuró el obeso dueño del ingenio.

La criatura apoyó su pie sobre la cabeza del pobre peón y comenzó a ejercer más y más presión mientras este gritaba cada vez con más fuerza. Se oyó un leve chasquido, como el que emite una varilla de madera al romperse, era el cráneo que comenzaba a crujir bajo la sobrenatural fuerza que le era aplicada.

El demonio observó fijamente al señor Urquiza, dos enormes ojos rojos como el fuego asomaron en su cara sin rasgos. Aquellos ojos reclamaban su botín que le fuera arrebatado. Sosteniendo la mirada hacia el espantado Baltazar, comenzó a ejercer más presión con su pie. Pronto una línea de sangre comenzó a salir desde las fosas nasales y las cuencas de los ojos de Francisco.

–¡Por favor ayúdenme!–Gritó como pudo, mientras sentía el hueso de sus pómulos romperse y su mandíbula siendo desencajada.

El capataz solo pudo contemplar la escena, ningún músculo de aquel hombre rudo se movió para ayudar a aquel desafortunado.

Entonces la criatura levantó su pie y lo dejó caer con toda su fuerza. El cráneo hizo un sonido seco al romperse por completo. Los ojos se salieron de sus órbitas mientras un último grito, no más fuerte que un leve susurro salía de la boca chorreante de sangre del pobre Francisco. La bestia levantó nuevamente su pie y lo dejó caer una última vez. El peón ya no se movía. Su cabeza al completo no era más que una masa sanguinolenta de carne y huesos que se asomaban. La bestia volvió a convertirse en aquel enorme perro negro y comenzó a caminar de un lado hacia el otro, siempre con la mirada fija en el señor Baltazar. La advertencia era clara, el demonio exigía su pago, aquella víctima que le fue arrebatada, si no la conseguía, no se detendría hasta que todos en aquel ingenio estuvieran muertos.

La bestia dirigió su mirada hacia las barracas. Allí estaba Pedro, el único de los peones que continuaba observando, hasta que fue metido por los demás hacia el interior. Las puertas fueron cerradas y otro gran trozo de madera fue colocado como traba. Del mismo modo, gran cantidad de las pesadas camas de metal fueron empujadas contra la puerta. Aquella noche nadie intentaría escapar, ya habían visto lo que les esperaba si lo intentaban.

El señor Baltazar Urquiza caminaba de un lado al otro como una fiera enjaulada. En su mano tenía un vaso de whisky que era llenado y vaciado con alarmante frecuencia. De vez en cuando echaba una mirada al exterior. No había nada más que el espeluznante silencio y el cuerpo desangrado de aquel pobre desgraciado que continuaba allí tirado como una cruel amenaza. No sabía que había ocurrido, el demonio jamás había hecho algo así, jamás se mostraría así, a menos que… Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

Aterrado, el señor Urquiza se acercó hasta la puerta y apoyó su oído. Esta vez no fue un golpe, fueron varios, uno detrás del otro, como si alguien llamara con insistencia a su puerta.

–¡Quien quiera que sea… solo lárguese!–Gritó furioso el hombre, pero los golpes continuaron.

Los golpes retumbaban como clavos siendo martillados en un ataúd en el silencio de la noche. Finalmente, el señor Urquiza abre la puerta. Allí afuera no había más que oscuridad. La amarillenta luz de la lámpara que iluminaba la escalera de acceso se había apagado. Cuando se disponía a ingresar a la relativa seguridad de su hogar, oyó chirriar una de las sillas mecedoras de fino mimbre que descansaban en el extremo del pórtico.

–¿Quién anda ahí?–Preguntó asustado al observar una figura alta meciéndose en la silla.

–Esta vez lo has arruinado todo de verdad Baltazar. –Le dijo aquel hombre sentado en la oscuridad del extremo del pórtico, oculto entre las sombras.

A Baltazar solo le bastaron esas pocas palabras para reconocer aquella voz. ¿Papá? ¿Eres tú?–Preguntó.

–Acércate hijo.–Le dijo aquel hombre sin revelar su rostro. –Siéntate junto a mí.

El señor Urquiza se acercó y se sentó en la otra silla mecedora junto a aquel hombre que sonaba como su padre, sin embargo no se atrevió a mirarlo. Su mirada permanecía fija en los sembradíos que se mecían con el viento.

–¿En verdad eres tú?–Preguntó el señor Urquiza con la voz entrecortada. Una mezcla de melancolía, tristeza y también miedo se apoderaron de él. El hombre sentado junto a él parecía ser su padre, muerto hacía tantos años, pero también podía ser el mismísimo demonio.

–Solo cállate y escucha.–Le respondió aquel hombre.–Tú has hecho un trato con el demonio. Él te ha dado todo lo que siempre has querido,

dinero, poder, que tu nombre sea conocido en todo lo ancho de la provincia. Vayas a donde vayas, la gente sabe quien és Baltazar Urquiza. Pero tú…tú grandísimo idiota… lo has arruinado. Él no ha recibido su paga. La vida de un peón por mantener el imperio que has montado a lo largo de los años. Aquel peón, de alguna forma se ha escapado de él y ahora tú pagarás.

–Pero… debe haber algo que pueda hacer… puedo darle otros peones, dos, tres, lo que necesite…–Dijo el señor Urquiza con la desesperación impregnada en su voz.

–Siempre supe que eras un cobarde… pero compórtate como un hombre. Debes afrontar lo que has hecho.

–Pero…

–¡Cállate! ¡No quiero escuchar tus lloriqueos! Te diré lo que harás. El demonio es un ser caprichoso, una vez que se fija en su presa la desea… debes encontrar a ese peón y entregárselo. El demonio te dará algo de tiempo, matará uno a uno a los peones de tu ingenio, te dejará a tí para lo último… a menos que encuentres antes a aquel malnacido.

–Lo haré… lo voy a encontrar y lo traeré…

–Debes darte prisa. En cuanto amanezca, la puerta de esas barracas se abrirán y los peones huirán despavoridos, y si a la noche el demonio no tiene a nadie con quien entretenerse, me temo que irá por tí. Así que… si quieres tener algo de tiempo, asegúrate que nadie salga de este lugar… absolutamente nadie.

–Lo haré… no pienso morir aquí.

–Me temo que hay cosas mucho peores que la muerte hijo… si supieras lo que te espera del otro lado, enloquecerías ahora mismo… así que haz lo posible por seguir con vida.

Baltazar Urquiza volteó a mirar en dirección al hombre que le hablaba, pero no había nada, solo la silla mecedora que se movía lentamente por sí sola. Se puso de pie sobresaltado, luego miró hacia los plantíos y pudo ver dos enormes ojos rojos que brillaban en aquella oscuridad impenetrable.

–Te lo traeré…–Dijo en tono de súplica.

3

–¿Qué haremos? ¿Qué era esa cosa? –Preguntaba aterrado Luis Escobar, uno de los peones más veteranos del sembradío. Con casi 40 años y más de 10 trabajando en la cosecha de la caña de azúcar, había visto cómo las

personas desaparecían una a una, pero elegía mirar hacia otro lado, nunca se preguntó sobre el destino de aquellos pobres compañeros de jornadas extenuantes.

Todos se hacían la misma pregunta. Allí dentro, los casi cien empleados se miraban unos a otros, expectantes, esperando que alguno le diera la tan deseada solución.

–Ustedes saben que es esa cosa.–Dijo de repente Pedro y todos permanecieron en silencio.–Todos ustedes lo saben. No han querido creer en las historias o simplemente prefirieron ignorarlas, pero ahora ya no lo pueden negar. Es el mismísimo demonio el que nos acecha. Se ha llevado muchas personas a lo largo de los años, alguno de los desaparecidos quizás eran conocidos, primos, padres, hijos o hermanos. Nadie jamás ha hecho nada para impedirlo…

–Pensamos que solo eran historias… supersticiones, leyendas que los padres cuentan a sus hijos antes de dormir.–Le respondió Pablo Segovia, un joven de no más de 20 que ya pasaba su segundo verano en la cosecha.

–Pero no es una leyenda… lo han visto. El familiar es real y sospecho que si se ha mostrado ante nosotros, pronto llegará nuestro turno.

–¿Pero qué haremos? No podemos salir ahora… esa cosa está allí afuera, esperando.–Dijo Juan Ruiz. –Quizás debamos esperar al amanecer. No podemos salir a ciegas y echarnos a correr directo a la boca del lobo. He oído que el familiar solo ataca por las noches, durante el día permanece oculto en algún rincón oscuro de los ingenios donde habita, quizás en un sótano. Solo debemos esperar y cuando el sol se asome en el horizonte, echarnos a correr de este lugar.

–Yo opino que nos vayamos ahora mismo. Si corremos al mismo tiempo no será capaz de atrapar a todos. –Sugirió Anibal Torres, otro de los veteranos de la cosecha.

–Quizás no atrape a todos, pero ten por seguro que atrapará a varios. ¿Quisieras ser tú uno de ellos? Si quieres arriesgarte hazlo, yo no pienso hacerlo. Opino que esperemos al amanecer.–Le respondió Juan.

Todos permanecieron en silencio nuevamente, mirándose uno al otro, quizás esperando que algún valiente de el primer paso para escapar de ese lugar, pero nadie lo hizo. La decisión, aunque sin decirla, ya estaba tomada, esperarían al amanecer.